
DISCURSOS CIVILIZADORES EN LENGUA VASCA *CIVILIZING DISCOURSES IN THE BASQUE LANGUAGE*

ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, Javier: *Discursos civilizadores. Escritores, lectores y lecturas de textos en euskera (c. 1767 – c. 1833)*, Madrid, Sílex, 2018, 630 pp. ISBN 978-84-7737-547-0

BAKARNE ALTONAGA BEGOÑA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

bakarne.altonaga@ehu.eus

“Discursos civilizadores” acomete la compleja tarea de analizar la producción impresa en euskera entre los años 1767 y 1833 en el País Vasco y Navarra. El texto resulta de gran novedad ya que analiza un periodo de tiempo, la crisis del Antiguo Régimen, que en las últimas décadas ha sido desatendido tanto por la Historia Moderna como por la Contemporánea. El periodo constituye un tránsito entre siglos, que como bien muestra el autor, nos ofrece claves indispensables para comprender el complejo devenir de los discursos ilustrados, religiosos y reaccionarios, así como la emergencia de la sensibilidad romántica. La investigación se vale fundamentalmente de los resortes metodológicos ofrecidos por la Historia Social del Lenguaje, pero también recurre en ocasiones al utillaje interpretativo de la historia de los conceptos, para elaborar un minucioso análisis de lo que categoriza como *discursos civilizadores*, en este caso, escritos y comunicados en euskera. No es sencillo ofrecer una valoración de este libro en pocas páginas que haga justicia al inmenso trabajo de documentación realizado por Javier Esteban y a la variedad temática que aborda. Trataremos, no obstante, de ofrecer una panorámica lo suficientemente amplia para que informe al lector/lectora de su indiscutible atractivo.

El objeto de esta extensa investigación histórica es el análisis de los diferentes discursos civilizadores que operaron y pugnaron durante el periodo estudiado, prestando especial atención al entorno socio-cultural en el que se tejieron las condiciones de su transmisión y recepción. Esteban se centra en los diversos factores que entraban en juego en la acción comunicativa de las ideas contenidas en los impresos analizados: sus emisores; sus impresores; el propio mensaje a transmitir y la posible recepción de dicho mensaje en un

contexto determinado. Con ello, trata de ofrecer una interpretación de estos textos en relación a las condiciones socio-políticas de producción del mensaje civilizador que unos y otros sectores quisieron imponer, así como de las evoluciones que estas visiones sufrieron a lo largo del amplio marco cronológico escogido para el análisis.

Son tres los proyectos civilizadores que se diferencian en la obra: el misional, el ilustrado y el castizo. El autor acierta en aclarar que las diferencias entre estos discursos fueron en ocasiones elásticas y sus límites porosos; pero la hipótesis de partida de Esteban es clara desde el inicio: “diferentes discursos civilizadores mostrarían pugnas entre oligarcas y señores para imponer determinado proyecto, revestido de un discurso legitimador de índole cultural que lo justifique” (28). Según Esteban, este planteamiento invita a tener en cuenta, aunque sea de forma teórica, la relación que esos mensajes guardaron con los sectores populares, que comenzarían a cobrar visibilidad social a partir del siglo XIX.

El texto está estructurado en dos partes bien diferenciadas, una referida al análisis de los discursos del siglo XVIII y otra a los pertenecientes al siglo XIX, precedidas de un primer capítulo dedicado principalmente a aclarar los fundamentos teóricos de los que parte el estudio. En este primer capítulo, el autor presta especial atención al estudio histórico y filológico de las lenguas y sus funciones socioculturales en el contexto de conformación de los Estados-nación; a lo que refiere sobre todo a las definiciones que se han otorgado a la Ilustración y el Romanticismo y a las líneas de investigación abiertas en el campo de la historia de la producción impresa. Este apartado ofrece a modo de conclusión una esclarecedora presentación de datos en torno a la producción impresa en tierras vascas.

Adentrándonos en el segundo capítulo, encontramos el análisis del discurso misional. El autor comienza subrayando el predominio que la temática religiosa tuvo en la producción escrita en euskera a lo largo de todo el siglo XVIII, que solo se vio disminuido con el comienzo del siglo XIX. El objeto principal de esta sección es dar cuenta de los detalles y circunstancias de las impresiones y de la circulación de los textos elaborados bien por miembros de la Compañía de Jesús tan destacados como Agustín de Cardaberaz o Sebastián Mendiburu, así como por sacerdotes franciscanos como Pedro Antonio Añibarro o José Cruz Echeverría. Encontramos igualmente una muy útil clasificación de los escritos religiosos, que comprendieron desde catecismos, hasta libros para afrontar la buena

muerte, pasando por rosarios y textos sobre ejercicios espirituales. La aportación más interesante, no obstante, la hallamos en el último apartado, dedicado a caracterizar tanto el contenido del discurso misional, como a su receptor. La principal destinataria de este mensaje civilizador no era otra que la población de entornos rurales y de origen humilde, labradores y labradoras del campo, “baserri gende on” [buena gente del campo] (158), a la que era necesario hacer accesible la doctrina cristiana en un idioma y una forma que entendieran.

El tercer y cuarto capítulos nos ubican frente a las diferentes dimensiones del discurso civilizador ilustrado. En primer lugar, y alejándose de la temática religiosa, el autor nos sumerge en el examen del entorno y del impacto de las ideas de la *Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País* que, capitaneada por una élite nobiliaria bien relacionada con los círculos de poder de la Monarquía hispánica, vehicularon su mensaje renovador y reformista a través del medio teatral, entre otros. El Conde de Peñaflores y su *El Borracho Burlado* constituyen el eje de su análisis, que establece importantes relaciones con el panorama nacional e internacional de la época.

En el cuarto capítulo se acomete la interpretación de las reacciones que, desde diversos sectores, pero sobre todo desde el estamento eclesiástico, surgieron ante las novedades que las tendencias y prácticas ilustradas de la élite enciclopedista vasca introdujeron. Aquí, el análisis de la obra del inclasificable jesuita Manuel de Larramendi adquiere cierta relevancia. Cabe destacar que Esteban trata de problematizar el relato sobre el clero y su relación con los entornos ilustrados a los que aludíamos arriba, dominada en muchas ocasiones por una interpretación que identifica al clero con reacción. El autor nos muestra que las actitudes y posicionamientos sociales de ciertos curas fueron ambivalentes en relación con este entorno nobiliario. Entre ellos destaca el autor a los conocidos Pablo Pedro Astarloa y Juan Antonio Moguel, quienes mantuvieron relación estrecha con personajes como el ilustrado José Vargas Ponce, con quién Moguel compartió un gran interés por la filología. Es precisamente esta faceta de Moguel, la filológica y su defensa del euskera, lo que le hizo, según el autor, granjearse, ya a comienzos del siglo XIX, el beneplácito de la sociedad *Bascongada*. Vicenta Moguel, sobrina del mencionado Juan Antonio Moguel, adquiere relevancia en este análisis como continuadora del discurso civilizador ilustrado en su labor de traductora de fábulas latinas al euskera.

En esta misma línea interpretativa, el capítulo quinto es dedicado en exclusiva al análisis de la obra posiblemente más famosa de J. A. Moguel, el *Peru Abarca*. En una interpretación verdaderamente novedosa, Esteban trata de rastrear los orígenes ilustrados de esta obra enfatizando ciertos intereses intelectuales, comunes al entorno de la *Bascongada* y otros círculos ilustrados –entre los que se destaca la figura de Campomanes– que el autor aprecia desarrollados en la obra de Moguel, sobre todo de carácter etimológico y lingüístico. Aunque verdaderamente interesante, considero que esta interpretación podría resultar, en ocasiones, eclipsada por otras dimensiones que parecen adquirir mayor peso en la interpretación general del *Peru Abarca* y que nos acercarían a una lectura de dicha obra más en consonancia con el resto de literatura religiosa escrita por el mismo Moguel, de marcado carácter rigorista y reaccionario. El espíritu ultra-católico desde el que Moguel representa a la familia de Peru, que se encuentra en las antípodas de las estampas familiares dulcificadas ofrecidas por diversos textos de los ilustrados vascos y su entorno, o la crítica a los usos suntuarios como signos visibles de individuación social que atraviesa la totalidad de la obra, son algunos de los elementos, entre otros, que nos muestran a un Moguel que no compartió, al menos en su totalidad, la estructura del sentir del que los más destacados ilustrados vascos hicieron gala. La sensibilidad de los ilustrados vascos, fundamentada en el optimismo y la confianza en la perfectibilidad humana y social que caracterizaría al desarrollo de la Ilustración en el resto de Europa, parece no encajar del todo con la perspectiva antropológica católica pesimista que Moguel nos ofrece frente al avance del proceso de la civilización moderna en *Peru Abarca* y el resto de sus obras.

El sexto capítulo nos traslada a un contexto muy específico, el del Abando (en el actual Bilbao) de comienzos de siglo XIX, zona situada en los límites del casco antiguo bilbaíno y, por tanto, particularmente proclive al impacto de los cambios que emanaban del ambiente liberal de tipo urbano. En la primera y segunda década del comienzo de siglo se dio un incremento considerable de publicaciones en euskera. En este aumento, además de la producción religiosa, Esteban destaca el surgimiento de un tipo de texto nuevo: los escritos de naturaleza explícitamente política. La pregunta a responder tras este diagnóstico es la siguiente: “¿Qué discurso se da en estos impresos característicos de comienzos de siglo?” (295). Pedro José Astarloa, Vicenta y Juan José Moguel y José Pablo

Ulibarri componen el “Grupo de Abando”, como el autor les denomina, protagonistas de este auge. En ellos el autor intuye un cambio importante respecto al discurso ilustrado. Constituyeron un grupo que compartió ideología conservadora, ultra-católica y reaccionaria ante los cambios sociales característicos de los procesos de modernización de las urbes y de desarrollo de los espacios de sociabilidad liberal.

El capítulo séptimo nos remite a un momento de politización –que tendría sus inicios ya en la década de los 90 del siglo anterior– que el mensaje reaccionario clerical sufriría en pleno apogeo de la Revolución liberal en tierras vascas. Ciertamente, estaban acierta en dotar de complejidad al clero como agente social aludiendo en su análisis a la existencia de eclesiásticos que siguieron las ideas defendidas por el liberalismo. Es precisamente esta pluralidad de actitudes y reacciones políticas y sociales que se hicieron protagonistas en el discurso religioso del clero en tierras vascas lo que se analiza en este capítulo, proporcionando una interpretación novedosa del momento revolucionario y de un tema poco tratado, en tanto en cuanto traza los nexos y las relaciones que se establecieron entre el discurso y los medios pedagógicos del catolicismo post-tridentino, como los catecismos, y el mensaje liberal.

El anteúltimo capítulo nos sitúa frente a una nueva tipología textual en el mar de la abundante literatura religiosa en la provincia guipuzcoana de los años 20 y 30 del siglo XIX: literatura profana sobre bailes y canciones, entre ellas, de naturaleza carnavalesca. José Vicente Echegaray y el más conocido Juan Ignacio Iztueta son los autores estudiados. El análisis de Esteban no se limita a estudiar el contenido de dichos trabajos, su comprensión del orden social, su valoración de la tradición y de los fueros, etc.; ni a circunscribir el estudio de su contenido civilizador como reconstructor de una tradición guipuzcoana que Iztueta percibió en peligro. Yendo más allá, se adentra en el análisis social de los receptores de dichas composiciones y de los propios bailarines del entorno de Iztueta, ofreciendo una tesis de vital importancia: la valoración y la participación, o no, en dichas tradiciones reflejaba una importante fractura entre élites y sectores populares. Según el autor, la percepción de autores como Iztueta era que las nuevas élites se diferenciaban de aquellas clases altas de viejo cuño, porque habían abandonando su rol como guías morales de la comunidad y habían dejado a un lado el cultivo de las buenas costumbres y las tradiciones, entre ellas el arte de bailar en la plaza pública.

Finalmente, el último capítulo nos presenta una encrucijada de discursos y autores que convivieron y se relacionaron durante el comienzo del siglo XIX. En el Esteban profundiza en las conexiones personales y sociales que Iztueta entablaría con los patricios y élites de la provincia, algunos de marcado carácter ideológico liberal. Adquiere en un comienzo relevancia, no obstante, el análisis de las polémicas en torno al euskera entre el carmelita Fray Bartolomé Santa Teresa y el propio Iztueta. Abunda el capítulo en el estudio del carmelita, prestando atención a sus juicios sobre los bailes públicos en el marco de los debates y las polémicas que a lo largo del siglo XVIII y todo el siglo XIX tendrían lugar entre diferentes moralistas y escritores vascos. Juan Antonio Iza de Zamácola es otro de los autores reseñables estudiados en este círculo de relaciones sociales de Iztueta. A pesar de no poder determinar si se conocieron, Esteban afirma acertadamente que ambos compartieron afinidad en lo que al gusto por los bailes y las costumbres tradicionales y folclóricas se refiere; es decir, compartieron un sentir castizo, así como una ideología cercana al liberalismo defensor de los fueros.

Pese a la, en ocasiones, excesiva variedad de temáticas y circunstancias que cada capítulo trata, lo que por momentos dificulta al lector/lectora construir un hilo conductor de la totalidad de la obra, “Discursos civilizadores” es un texto de obligada referencia para cualquier investigación que pretenda comprender las transformaciones sociales y discursivas acaecidas en el final del Antiguo Régimen en tierras vascas, bien desde el ámbito histórico, como desde otros como el filológico o el literario. Además de ofrecer un vastísimo repaso bibliográfico a la historiografía en torno al periodo, nos brinda una mirada sorprendentemente minuciosa y rigurosa sobre la producción impresa en euskera en las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, algo que aquellos investigadores que estudiamos el complejo tránsito a la modernidad en este contexto –que habíamos estado obligados a valernos de trabajos en ocasiones demasiado específicos– echábamos en falta.